

## LA ESCUELA INTERPRETA

por Anna Aromí

En primer lugar quiero agradecer a Vicente Palomera que haya aceptado acompañarme esta noche como lector.

Una palabra sobre esta elección: pedí a Vicente que me acompañara porque recordaba el efecto que me produjo una intervención suya en la última conversación del espacio “El psicoanálisis, acontecimiento de civilización”. Hacia el final de la reunión encontré un curioso encadenamiento entre lo que decían varios colegas, que me permitió entender la relación entre la política del psicoanálisis y el síntoma, en el sentido que la condición para que el psicoanálisis siga existiendo, es que haya analistas que consientan a convertirse en síntoma de su época. No se trata del psicoanálisis como síntoma sino del psicoanalista, uno por uno, y que esto implica poner en juego el cuerpo.

No era algo nuevo, lo había escuchado antes, pero esa vez se produjo para mí un repentino efecto de comprensión. Entendí algo. Para tratar de alargar este sentimiento tan agradable pensé que estaría bien invitar al colega que me lo había posibilitado.

El espacio que nos reúne esta noche, sobre Política y acción lacaniana, se convocó por primera vez el pasado 29 de mayo. Por los ecos positivos sobre la exposición de Eugenio Díaz y la conversación que siguió, parece que la Comunidad había acertado proponiendo este tema para el debate... Sí. Pero sin embargo yo no lograba sacarme de encima cierta sensación de malestar. Me quedé embrollada.

Trabajar sobre este punto me hizo ver lo que estaba en juego.

Lo que está en juego en la política del psicoanálisis es la transferencia

De hecho, ésta es la cuestión que elegí para trabajar en el cartel. La política y el Uno. Para ir rápida, porque no es el tema de esta noche, diré que mi pregunta en el cartel es saber cómo contrarrestar los efectos de disgregación en la institución analítica. Con Freud tenemos el modelo de Psicología de las masas, es decir el padre, pero ¿y con Lacan? Las instituciones psicoanalíticas no pueden sostenerse como un cuerpo despedazado, cada uno a lo suyo, entonces, ¿dónde encontrar lo que hace Uno, lo que hace “comunidad”? Sabemos que entre los analistas no hay común-unidad, porque no tenemos la fórmula de producción de EL analista, pero no es menos cierto que una política para hacer que el psicoanálisis perdure conlleva necesariamente la función del Uno.

Me parece que esta es, justamente, la función de lo que llamamos orientación. La orientación no es la identificación, no es la masa, ni el padre, tampoco es el S1. La orientación es la función necesaria para que lo que hacemos tenga un sentido, vaya en alguna dirección y no se disperse. Así entiendo la Orientación lacaniana y también la función de la Escuela Una.

Por esto, a falta de una definición terminada de EL analista, la transferencia está llamada a hacer suplencia de este Uno, que no existe, en la Escuela. No hay liquidación de la transferencia, hay restos. Por esto decimos que al final del análisis hay un paso necesario, un pase, de transferencia. De la transferencia hacia el analista a la transferencia hacia la Escuela, con la que un AE continúa su análisis.

Pero me parece que tenemos que vérnoslas con otra cosa también.

El final del análisis no comporta una puesta a cero ni de la transferencia ni del síntoma, pero tampoco del superyó. El superyó no se liquida. Eric Laurent, en Psicoanálisis y Salud mental, dice que “el análisis no libera totalmente del superyó, como tampoco del síntoma, en tanto siempre hay disarmonía entre lo real, lo simbólico y lo imaginario” <sup>1</sup>. Siempre queda un resto.

Y ocurre que, si no tenemos esto en cuenta, podemos endosar nuestro propio superyó, o sus restos, al otro, o a los otros en plural, como cuando se hablaba en términos de “superyó institucional” en nuestra comunidad (hay un artículo de M. Bassols sobre este punto<sup>2</sup>). Por otra parte, como analistas, nos resulta inevitable confrontarnos con el superyó, estar advertidos de su acción, porque de lo contrario, ¿cómo operaríamos en la clínica?

Como la pulsión de muerte, el superyó es un irreductible para el psicoanálisis, y esto desde Freud. Es recomendable no desconocerlo, porque tenemos que vérnoslas con él a cada paso, a cada paso que damos y a cada paso que dan nuestros analizantes. En este punto, quizá el superyó no esté tan desligado del deseo como podríamos pensar. Antoni Vicens lo dijo en el cartel de un modo muy clarificador: el deseo no son las ganas.

Por mi parte, y no sin cierta sorpresa, ahora me parece que lo opuesto al superyó, el instrumento para contrarrestarlo, quizá no sea tanto el deseo como la transferencia. Digo con sorpresa porque durante un tiempo yo tenía una idea un poco idealizada del deseo, pero el final del análisis conlleva sin remedio una desidealización, una deflación del deseo, correlativa a la deflación del Otro.

Por otra parte, el superyó es un fenómeno que va más allá de lo particular de cada caso y recubre la historia del psicoanálisis. Es la acción de la estructura, por así decir. Recordemos que Lacan decía “Freud me mira”<sup>3</sup>, o que Miller ha dicho más de una vez que se siente bajo la mirada de Lacan cuando establece sus Seminarios.

En otro orden de cosas, yo diría además que la transformación del sujeto por la ciencia en nuestros días moviliza especialmente al superyó. La empresa del capitalismo aliado a la ciencia es producir un sujeto acorde a las necesidades del mercado, un sujeto que consienta a la evaluación, a la autoevaluación, para poder ser contratado, para rendir más, para gestionarse mejor... ¿No habría ahí una empresa netamente superyoca? El superyó no está solamente gobernando el consumo incesante de las latosas, está sobre todo en la aspiración loca de pretender ser lo que nunca se alcanzará a ser: seres con un destino definitivamente logrado.

El superyó es un real en el psicoanálisis. Y evocar al superyó como si fuera mentar la bicha cuando alguien dice “hay que...”, por ejemplo, me parece una equivocación. No es posible hacer del superyó un aliado, porque el superyó no concede alianzas, pero permitir que tenga efectos de desautorización me parece un error porque inhibe y paraliza.

Lo que planteo es la conveniencia de estar atento a estos fenómenos para desembarazarse, no del superyó, si no de las ideas aprensivas sobre el superyó. Porque no contar con él, o con cualquier otra esquirla de lo real, sería un obstáculo para la acción del psicoanálisis. Una cosa es contrariar los efectos del superyó y otra cosa es pretender que cada uno podría librarse completamente de sus restos.

## *2 La otra cosa que está en juego en la política y la acción lacaniana es la interpretación*

Es verdad, como se dijo en varias intervenciones en la pasada reunión, que la manera de hacer política en la orientación lacaniana actual es con el síntoma, poniendo el síntoma de cada uno al servicio del psicoanálisis.

Pero, dicho así, a mí me plantea una dificultad.

Esta dificultad consiste en que el síntoma que sirve a la política del psicoanálisis no es el síntoma en bruto, no se trata de ir esparciendo el malestar. Se trata de otra cosa, se trata del síntoma entendido como modo de gozar, y el problema es que autorizar el propio modo de gozar puede llevar y lleva, como sabemos, todo un análisis y más allá.

Además, para entender que la política del psicoanálisis es la política del síntoma hay todavía otra cosa. Y es que el síntoma se apoya en la interpretación. No hay síntoma sin interpretación. La interpretación es el operador del que depende la realización del síntoma.

Por esto la Escuela necesita la interpretación, y me parece que en este momento de manera especialmente significativa. Pero no se trata de interpretar el síntoma de cada uno, sino de una interpretación del síntoma de la época. O de la época como síntoma, si se quiere. Como dijo Xavier Esqué en la reunión pasada, se trata para los psicoanalistas de hacer de lo social su Otro. Y este Otro se construye a partir de la interpretación. La acción lacaniana en realidad es la interpretación que en cada momento hacemos de la Escuela.

Aquí política y pase se anudan. Lo que he entendido después de hacer este trabajo, y con ello he salido, al menos en parte, del embrollo que decía al principio, es que de la misma manera que para el pase es imprescindible la Escuela -sus dispositivos, el discurso que sostiene y la sostiene-, para volver posible una política y una acción lacaniana también necesitamos la Escuela.

¿De qué manera? Aquí tampoco existen fórmulas mágicas, pero se pueden muy bien usar espacios ya abiertos o abrir lugares como el de esta noche o el Seminario de la Escuela que haremos en septiembre sobre Política y acción lacaniana. Por poner un ejemplo, en el cartel hemos escuchado a Elizabeth Escayola explicando porqué no es útil abrir un polo de confrontación con los profesionales de las TCC, porque ellos hacen, lo sepan o no, reeducación de los sujetos mientras que el discurso analítico enseña que no hay reeducación posible de lo real.

También me parece una aportación interesante la de Eugenio Díaz, sosteniendo que el psicoanálisis de orientación lacaniana puede despertar pasiones, no por todo el saber que moviliza, que es mucho, sino justamente por lo que no tiene: soluciones o respuestas prefabricadas.

La política del psicoanálisis necesita mantener abiertos y abrir todos los lugares posibles de conversación y de debate franco entre gente que cree en el inconsciente para reclutarse. Gente que, sin tener soluciones, confía decididamente en la transferencia y que está dispuesta a la interpretación. Que los AE tengan a su cargo la interpretación de la Escuela, no exime a cada miembro de hacer su aportación, por pequeña o modesta ésta que sea.

Para abrir un agujero, una laguna, el discurso ha de circular, ha de haber conversación. Este es el requisito necesario, me parece, para que la acción lacaniana cobre vida. Es decir una acción llevada a cabo uno a uno, pero no sin el otro de la orientación.

Barcelona, 26 junio 2102

1. E. Laurent, "Psicoanálisis y salud mental", Tres Haches, Bs As, 2000.

2. M. Bassols, La pasión del superyó, Congreso de Torino, 2000.

Donde Bassols dice "(...) una fórmula que hemos encontrado (...) en nuestra propia comunidad, para situar los impasses inherentes a la pasión del superyó es la expresión "superyó institucional" que ha surgido entre nosotros para designar cierta posición de estrago, de remolino devastador que parece engullir cualquier paso de creación generado en su propio seno".

3. Ver J.-A. Miller, Curso de la Orientación lacaniana, clase del 9 de mayo 2007.

Inédito.

Donde Miller dice que Lacan, a diferencia de Sartre que pensaba no tener un superyó, decía que él tenía uno y que por eso trabajaba tanto.